

# Los libros en Europa

**Ces cerveaux qui nous gouvernent. Une approche neuro-historique des hommes d'Etat de Louis XI à Mitterrand.**  
M. J. Chalvin. Paris, Robert Laffont, 1992, 376 páginas

Como quería Braudel, la historia va demostrando en este fin de siglo que es el más interdisciplinar de los saberes humanísticos. Aunque, hasta el presente, muy escaso número entre sus cultivadores más eminentes han adoptado sin reservas los descubrimientos y métodos que en el campo de la psicología parten de Freud, en la actualidad los seguidores de Clio se evidencian muy sensibles a las investigaciones que tienen como centro el cerebro humano. Así, los análisis del premio Nobel de Medicina 1981, el norteamericano Roger Sperry, acerca de las diferencias de funcionamiento entre los dos hemisferios cerebrales se han mostrado muy fecundos a la hora de escrutar el comportamiento de líderes y responsables políticos.

Bien sabido es que el hemisferio derecho domina y manda sobre el reconocimiento de las formas, el sentido artístico o los estados emocionales e intuitivos, semejando ser sus facultades más espontáneas y «naturales» que las del izquierdo, producto de la civilización y de la escuela, sobre todo, en la cultura occidental. Los historiadores que se han introducido en este terreno han hecho también suya por lo general la distinción vertical que en las pautas del cerebro estableció hace ya casi medio siglo el gran neurólogo Mac-Lean. Según éste, en el sistema límbico radicaría todo el mundo de la afecti-

## Lecturas

vidad, en tanto que en el cortical se asentaría el universo de la inteligencia, la creatividad y el raciocinio, las cualidades humanas por excelencia del bípedo implume, si bien ninguno de estos dos sistemas, unidos al reptil —atento a todo lo conveniente al funcionamiento orgánico y a la supervivencia de la especie— no funcionarían separadamente, sino integrados los unos en los otros.

Pues bien: tal es el esquema metodológico que ha presidido la confección de este libro, un extremo curioso y discutible, que levanta más piezas que las cobradas, pero cuya lectura no equivaldrá en manera alguna a tiempo perdido, sobre todo, en sus cinco primeros capítulos, esto es, en sus dos terceras partes, por cuanto sus últimas cien páginas son, a más de muy «francesas», repetitivas *ad nauseam* de lo ya expuesto en las precedentes.

Para la confección de éstas, la autora ha sometido al test del predominio del «cerveau droit» (CD) o del «cerveau gauche» (CG) así como de la predominancia del sistema límbico o del cortical dentro de ellos, a setenta y seis personalidades históricas, casi todas ellas de la Edad Contemporánea y francesas, y pocas de los siglos modernos —hay dos del XV: Juana de Arco y Luis XI— y de otros países europeos u occidentales, sin que España o Iberoamérica aparezcan a todo lo largo de la voluminosa obra, como tampoco África y Asia.

Como se ve, pues, la muestra no es muy significativa, aunque le proporcione sustancia historiográfica de entidad la relevancia de la mayor parte de los gobernantes cuyo temperamento y actitudes políticas se analizan con agilidad y meticulosidad a un tiempo, mezcla a que nos tienen acostumbrados los buenos libros franceses de alta divulgación histórica (y éste lo es).

Para la autora, los políticos CG se caracterizan por su frialdad y reserva, que proporcionan a su actuación un inequívoco aire elitista, haciéndolos, además, proclives al autoritarismo. Por lo común son notables organizadores, atentos a los detalles y obsesionados con la perfección. Entre otros podrían integrar su censo Margaret Thatcher, Sully, Richelieu, Giscard d'Estaing, Luis XIII y Luis XIV, Napoleón, De Gaulle, Lenin, Stalin, Pétain, Colbert, Mendès France, Fouché, Poincaré, Pompidou, Gorvachov, Raymond Barre... Demasiados nombres, desde luego, y casi todos con temperamentos desbordados y unos *egos* bien marcados para ser atrallados bajo el marbete de una sola cualidad o rasgo por importante que éste

sea. Sin llegar a declararlo, la profesora francesa siente, en ocasiones, la tentación de considerar, en particular, en el caso ruso, que en los CG puede encontrar la dictadura un terreno abonado caracteriológicamente. Es, sin duda, demasiado decir. Otras consideraciones generales están, sin embargo, más puestas en razón y pueden ser aceptadas sin demasiados distinguos. Así, por ejemplo, la estimación de que los límbicos izquierda (LG) ofrecen una estampa de encarnizados trabajadores, según lo probarían, en su máxima expresión, Colbert o, más recientemente, la «Dama de Hierro».

Treinta y siete son los gobernantes que M.-J. Charvin suma en las ringleras de los CD. Los trazos más amables sirven para contornear su perfil: sociabilidad, sensibilidad, llaneza, populismo. El hecho de que nueve de las diez mujeres que integran el catálogo particular de la autora pertenezcan a esta familia política contribuye indudablemente a explicar esta humanización del mando cuando es ejercido por los CD. Impresión confirmada al conocer algunos de los nombres que forman su nómina: Enrique IV, Roosevelt, Juana de Arco, Catalina y María de Médicis, Talleyrand, Trotsky, Ronald Reagan, Luis XI, Michel Rocard, Simone Veil, Jacques Chirac, Saint-Just, Danton, Churchill, Leon Blum, Mitterrand, Clemenceau..., a los que hay que añadir también otros como Hitler o Mussolini. También aquí algunos juicios globales de la autora atraviesan sin esfuerzo la aduana de la crítica, mientras que otros quedan bloqueados incluso en la más elemental. Entre los primeros podrían figurar los grandes recursos de una buena porción de estos personajes para todo lo concerniente a la ambigüedad, a la simulación e incluso la capacidad imitativa. Entre las segundas, su don natural para la innovación.

Naturalmente, casi todos los CD y CG no actúan como autómatas dentro de las coordenadas de sus respectivas cuadrículas psicológicas; dándose, conforme es obvio, un gran número de interconexiones, hasta el extremo de no ser muy fácil el encontrar un tipo puro de cualquiera de las cuatro variantes conjugadas en el análisis de la autora. Las personalidades complejas son más frecuentes en el mundo de la alta política y de la cúpula del poder que las sencillas, aunque éstas también existen... ¿Cómo explicar, v. gr., el desconcierto provocado por la conducta errática o imprevisible de algunas de las figuras estudiadas a la manera de Leon Blum, Mitterrand,

Mazarino o Rocard?: «Simple y llanamente debido a que tienen cerebros interconectados, lo cual significa, más claramente aún, que tienen preferencias cerebrales en los dos hemisferios y en los que el paso de un módulo cerebral a otro es fuente de complejidad. Tal configuración da personalidades más ricas, pero también a veces atormentadas por ideas y sentimientos contradictorios, cuyas consecuencias afectan a su *entourage*. Que utilicen acusadamente dos preferencias corticales límbicas o cruzadas (LG-CD o CG-LD), dichas personalidades son desconcertantes ya que con ellas se muestran inservibles las leyes temáticas más simples.

Uno más uno no hace forzosamente dos, ni tampoco dos más uno tres, así como también seguramente tres más uno no darán cuatro. Se entiende que en términos de preferencias cerebrales...» (p. 187). Afortunadamente, el libro escapa a todo reduccionismo, incluso al racional. Lo patológico, lo imprevisible, aquello que los antiguos denominaban como «humores» ejerce un considerable protagonismo en la conducta de los hombres y, por ende, en la gobernación de los Estados. Y en este campo casi todo está por roturar. El cerebro se encuentra, como escribe Charvin, de moda. La historiografía se beneficiará a buen seguro de los avances que en el inmediato porvenir se logren en su conocimiento. En la primera oleada del psicoanálisis, coincidente con el veredor de las dictaduras por todo el mapa de Europa, algunos ensayistas y escritores de bien cortada pluma se preocuparon por las «anomalías» históricas, viendo en los dogmatismos ideológicos y en las figuras que los abanderaban la prueba más palpable de ello. Ahora, en el nuevo rebrote de fundamentalismos que aparece, si no como el descenso a los infiernos sí como una marcha atrás en la evolución de la humanidad, ese oscuro horizonte debería atraer también el esfuerzo de un plural y vasto número de investigadores, entre los que los estudiosos de Clío tendrían que esforzarse por no ir demasiado a la zaga.

## José M. Cuenca Toribio

**Galdós, novelista.** Leopoldo Alas «Clarín». Edición e introducción de Adolfo Sotelo Vázquez, PPU, Barcelona, 1991, 354 páginas